

de la totalidad concreta, intento que se hace necesario para retomar el tema de este trabajo sobre la vida mental.

Por razones de necesidad epistemológica el hombre circunscribe totalidades parciales, es decir que problematiza sólo un determinado sector de la realidad para poder estudiarlo. Se trata pues de la constitución de una totalidad relativa y parcial, así por ejemplo en la ilustración anterior hemos visto cómo se hace del hombre una totalidad parcial para poder estudiarlo. Pero aún dentro de este mismo dominio la totalidad del hombre puede ser sobrepasada hacia otras totalidades que incluyan el medio ambiente natural del hombre con el cual mantiene relaciones recíprocas, las que a su vez pueden ser sobrepasadas hacia otras totalidades. Por eso Sartre afirma que las totalidades están vivas y que se definen por sí mismas en el marco de la investigación.

La totalidad dialéctica no es pues fija e inmutable, sino que evoluciona, se desarrolla y no sólo en extensión como lo acabamos de ver, sino en profundidad como lo veremos a continuación.

Podemos tematizar un sector de la realidad donde el movimiento dialéctico sea más fácilmente perceptible, tal como lo hemos hecho con ejemplos anteriores. Pero si luego queremos abordar realidades mucho más finas y complicadas donde lo físico-objetivo es sobrepasado, precisamente porque lo que se ha tematizado es un sector mucho más complejo de la realidad, entonces la explicación anterior que nos mostró la superación de la totalidad hacia otras totalidades en un sentido cuantitativo, sólo puede tener un valor aproximativo y analógico y no se le puede trasladar brutalmente a otros dominios como si fueran moldes universales. Sólo pueden servir de ayuda como una primera aproximación hacia otros sectores dialécticos de diferente nivel cualitativo, como en el caso de la vida mental. Hay que insistir pues en el hecho de que la superación de la totalidad dialéctica hacia nuevas totalizaciones debe entenderse tanto en extensión como en profundidad, tanto cuantitativa como cualitativamente. Por eso Sartre dice que la totalidad no está terminada nunca y que el sabio debe tomar en todo caso y en todos los niveles una actitud totalizadora en relación con lo que estudia. Insiste en todo momento en que la dialéctica es heurística, que sólo proporciona orientaciones y principios epistemológicos que pueden servir de guía a la investigación en los diversos dominios de la realidad, pero que no es un sistema dogmático de principios eternos, de moldes universales que pueden aplicarse automáticamente a cualquier tipo de realidad como se la presenta en los manuales de divulgación marxista ortodoxa. El hecho de que la dialéctica esté determinada por el contenido supone que no hay nada hecho de antemano y que todo hay que descubrirlo. Por eso es heurística. Ella sólo es la racionalidad de lo real en su movimiento concreto y no se la puede desfigurar presentándola como un saber hecho, como el sistema doctrinal y acabado de una imagen cuantitativa y mecánica del mundo. «La inteligibilidad de la Razón Dialéctica —si ésta tiene que existir— es la de una totalización. O para volver a la distinción entre el ser y el conocer, hay dialéctica si al menos existe en un sector ontológico una totalización en curso que sea inmediatamente accesible a un pensamiento que se totalice sin cesar en la comprensión misma de la totalización de la cual emana y que hace su objeto ella misma». (1960: 149).

Ahora bien, las totalidades parciales que el hombre va constituyendo se concretan

en los diferentes dominios de las ciencias prácticas cada vez más especializadas. Con esto, evidentemente, la praxis humana se ha ido fraccionando cada vez más. Las corrientes metafísicas y formales que tienen tendencia a petrificar en conceptos los procesos de la realidad y que por ello sólo ven un lado del problema se han angustiado ante la crisis creada por las especializaciones.

Si bien este peligro no deja de ser cierto, es necesario reconocer que sólo se trata de una verdad a medias. Efectivamente, el peligro deshumanizante que presentan las especializaciones cada vez más diversificadas no reside en la especialización misma, sino en el desconocimiento total de la dialéctica como guía epistemológica, tal cual Sartre la plantea. Esto impide ver claramente no sólo que cada sector determinado de la realidad es una totalidad parcial y relativa, sino que su estructura es dialéctica, que tiene una génesis, que se elabora y se sobrepasa a sí misma. Sartre con gran lucidez precisa esta marcha dialéctica a partir de la totalidad que es el hombre. «Hay un momento de diversificación que viene del hombre objeto y que debería suponer el momento dialéctico de totalización. Existen disciplinas separadas pero ninguna de ellas tiene inteligibilidad por ella misma. Todo estudio fragmentario reenvía a otra cosa, detrás de cada conocimiento fragmentario hay la idea de una totalización de conocimientos. Todo estudio es un momento analítico de racionalización pero supone una totalización dialéctica». (1966: 7).

El proceso dialéctico de la vida psíquica

Retomando el tema de nuestro estudio recordemos que Sartre superó muchas de sus discrepancias con el psicoanálisis y particularmente su punto de vista sobre el inconsciente. Sabemos también que la dialéctica concreta traduce fielmente la realidad pero que no puede expresarse en un discurso conceptual y sistemático y debe hacerlo más bien por aproximaciones sucesivas. El problema se complica ahora cuando lo que se trata de abordar es la vida mental. «Se puede ser consciente, en efecto, de una totalización exterior, pero no de una totalización que totaliza igualmente a la conciencia» (Sartre 1970). Este es un problema que Sartre se esfuerza en resolver a través de la noción de *lo vivido*, como veremos luego. Por ahora partiremos del hecho que el proceso dialéctico de la realidad psíquica permite comprender y unificar fenómenos que en el psicoanálisis freudiano aparecen separados en conscientes e inconscientes, y que en *El Ser y la Nada*, según vimos, se constituyen como una mala conciencia, como una conciencia contradictoria que es la *mala fe*.

Sin embargo, aún desde esta nueva óptica la discrepancia subsiste pero a otro nivel. Ya no se trata de negar las profundidades del psiquismo descubiertas por Freud, sino del lenguaje con el que trata de expresarlo y que traduce mal esa realidad profunda del psiquismo inconsciente. «Aún hoy me choca algo que era inevitable en Freud: su recurso a un lenguaje fisiológico y biológico para expresar ideas que no son transmisible por ese medio. El resultado es que la manera como describe el objeto psicoanalítico sufre una especie de calambre mecanicista. Logra por momentos trascender esa dificultad pero, más a menudo, el lenguaje que utiliza engendra una mitología del inconsciente que no puedo aceptar. Estoy totalmente de acuerdo sobre los hechos de la repre-

sión y el disfrazamiento en tanto que hechos, pero las palabras represión, censura, impulso, —que expresan en un momento una especie de finalismo, y en el momento siguiente una especie de mecanicismo— las rechazo» (Sartre 1970). Esta crítica de Sartre es totalmente exacta. Bajo este aspecto ha sido corroborada por el propio Jacques Lacan, cuya formidable obra no es sino un fiel retorno a Freud, retorno que consiste precisamente en llenar algunos vacíos que aparecen en el psicoanálisis, algunos supuestos que no se expresaron claramente en el momento que Freud descubría diariamente esa nueva ciencia del inconsciente. En esta tarea Freud se vio obligado a utilizar un lenguaje prestado por las ciencias existentes en su época y esto hace que ciertos aspectos del psicoanálisis se nos aparezcan como enigmas que requieren una delicada y sagaz interpretación. Es este problema que Lacan trata de superar, pero desde una perspectiva diferente a la de Sartre.

El más dramático relato que permite comprender a fondo el ambiente teórico en el cual Freud se vio obligado a realizar su práctica científica nos lo ha dado Louis Althusser en su excelente estudio sobre Freud y Lacan. «En la historia de la Razón Occidental los nacimientos son objetos de todos los ciudadanos, previsiones, precauciones, etc. Lo prenatal es institucional. Cuando una joven ciencia nace, el círculo de la familia está siempre atento para la admiración, el júbilo y el bautismo... A mi conocimiento en el curso del siglo XIX hubo dos o tres nacimientos que no se esperaban: Marx, Nietzsche, Freud. Hijos naturales, en el sentido que la naturaleza ofende a la moral. Natural es la regla violada, la madre soltera, la ausencia de padre legal. A un niño sin padre la Razón Occidental le hace pagar caro. Consideremos simplemente la soledad de Freud en su tiempo. No hablo de la soledad humana (él tuvo maestros, amigos, aunque también conoció el hambre). Hablo de su soledad teórica, ya que cuando quería pensar, es decir, expresar bajo la forma de un sistema riguroso de conceptos abstractos el descubrimiento extraordinario que encontraba cada día en las citas con su práctica, buscaba precedentes teóricos, padres en teoría y no encontraba nada. No le quedó otro camino teórico que ser él mismo su propio padre... Esto quiere decir, para expresarse en términos de Kant, que Freud se vio obligado a pensar su descubrimiento y su práctica con conceptos importados, prestados de la Física energética dominante en ese momento, de la Economía Política y de la Biología de su tiempo. Ninguna herencia detrás de él salvo algunos conceptos filosóficos... Teóricamente, Freud construyó solo su ciencia, produciendo sus conceptos propios, sus conceptos domésticos, bajo la protección de conceptos importados, prestados de las ciencias existentes y, es necesario decirlo, en el horizonte de un mundo ideológico que envolvía esos conceptos». (Althusser 1965: 90-91).

En estas circunstancias —repetimos— el retorno de Jacques Lacan a Freud, su ortodoxia y su fidelidad al creador del psicoanálisis, consiste en intentar hallar las estructuras que muestren el status científico del psicoanálisis sacando a luz algunos conceptos enigmáticos y profundos de Freud. La razón de ser de esta tarea la expresa claramente en sus *Escritos*: «Una técnica no puede ser comprendida ni correctamente aplicada si se desconocen los conceptos que la fundan». (Lacan 1966: 180).

Pero en esta labor Lacan se ha situado, en cierto modo en el horizonte del estructuralismo y esto hace que su retorno a Freud sea conceptual. Sin embargo es indudable que ha aclarado mejor el inconsciente al mostrar que su estructura es la de un lenguaje,